

ducta generosa, aun cuando solo fuese para ser egoísta. Hay ciertos momentos desagradables de la simpatía continua, por ejemplo, que él haría bien en evitar aliviando las miserias que viese á su alrededor. Este cuadro no es ni especulativo ni artificial en modo alguno. Hay hombres cuya reflexión les lleva muy cerca de ello,—hombres cuyas generosidades sirven para remediar las heridas de su egoísmo. Pero esto es seguramente resultado último de cierta especie de reflexión.

Otro modo como el niño podría evolucionar es el que le constituiría en un sér puramente altruista—un sér de una generosidad llevada á la perfección. Esto, por otra parte, es también contrario á los hechos que acabamos de señalar; hechos que muestran que más bien hay un período propiamente egoísta, y que se llega á ser generoso solo por el desarrollo contemporáneo del sentido del *alter*.

Ya hemos explicado con alguna amplitud el modo como el desarrollo se verifica, y solo nos falta hacer dos observaciones.

206. En primer lugar, la «razón práctica» es cosa que se refiere á la evolución social. Es decir, que aparece en un medio al cual constituye una adaptación inteligente. El sentido de lo que debe ser no puede estar divorciado del sentido de lo que es. La cosa que debe ser es un reflejo directo de las condiciones que ha producido el conocimiento de lo que es; y en tanto que lo que es y se conoce aumenta la experiencia del individuo por el lado de la ciencia, el sentido de un deber posible expresa con igual realidad y valor la tendencia de la ciencia hacia la nueva formación de condiciones sociales superiores (1). Todo esto entra tan de lleno en la pura teoría ética, que no puedo detenerme á examinarlo en todos sus aspectos; mas para la ciencia social hay un hecho de gran importancia en el grupo de fenómenos sobre que se ejercita la inteligencia moral. Es el siguiente: cuando el niño reflexiona sobre sus relaciones sociales y empieza á tomar la

(1) Conf. Apéndice C.

costumbre de una sumisión inteligente que á su vez prescribe también á los demás, *muestra una nueva especie de fin que antes no se encontraba en él*. Ninguno de sus conceptos parciales, ninguno de sus designios particulares es ahora su fin; ninguna persona llena completamente su nuevo ideal, su ideal de la personalidad. Se ve lanzado en un mar de torbellinos y de aventuras intelectuales que por su misma inquietud y cambio, su elevación y violación de ideales, hace posibles la vida y el progreso social.

En segundo lugar, ahora *examina y juzga todas las cosas desde ese punto de vista ideal*. ¿Es justo? tal es la pregunta que se hace ante la conducta; y ¿es bueno? pregunta siempre refiriéndose al hombre. Y sus propias ideas inquietas acerca de sí mismo vuelven á las mismas preguntas, aplicándolas á su propia conducta y á su propia persona. Nada es tan urgente en su vida como el llamamiento del deber; nada tan completamente severo como las penas que aplica en su espíritu al incumplimiento de ese deber. No sería posible señalar demasiado enérgicamente la significación revolucionaria de esta moralidad inteligente. No solo es un gran acontecimiento en la historia de la vida, sino que señala también un nuevo giro en la evolución social,—un giro *de lo intelectual propiamente dicho á lo propiamente social*, así como el período de la primera reflexión señala un giro *desde lo instintivo y emocional á lo intelectual*.

Bastará decir, para terminar, que *este progreso se debe á la evolución de la inteligencia*; que, por consiguiente, no hay divorcio teórico posible entre la inteligencia y el sentimiento; que el niño sube á la escena del sentimiento por un proceso natural evolutivo, que, aunque nuestra filosofía no haya podido anticiparse á ello, podemos describirlo cuando vemos que se realiza ante nuestra vista.

§ 5.—EL SENTIMIENTO RELIGIOSO

Una última diferenciación del tono emocional que nace de las construcciones ideales que venimos examinando, se

manifiesta en los llamados sentimientos religiosos. Al clasificarlos entre los sentimientos tomo, naturalmente, la posición de que la emoción religiosa es una fase del estado mental más amplio, del cual hemos dado una idea en las primeras páginas de este capítulo. No necesito, pues, insistir más sobre el origen y desarrollo del sentimiento religioso, puesto que sería repetir lo anterior. Pero son necesarias ciertas explicaciones para justificar la clasificación de estos sentimientos con los morales y sociales, y para señalar los puntos de diferenciación en cuanto al origen y naturaleza.

207. Limitándonos al principio, como antes, al desenvolvimiento en el niño, encontramos una falta de material objetivo para llegar á una opinión legítima. Tomando lo que puede sernos útil de nuestro conocimiento de la concepción y pensamiento del niño, y pesándolo cuidadosamente en comparación con la emoción de tipo religioso, en el adulto, podemos hacer ciertas observaciones, que bastan al menos para demostrar que la inclusión de las emociones religiosas bajo de la explicación del origen del sentimiento moral y social, es justa.

Las primeras manifestaciones de respeto, de amor, de devoción, de confianza, de obediencia en el niño, se dirigen á las personas que le rodean. Es imposible, en estas primeras manifestaciones, distinguir la forma moral de la religiosa; es decir, es imposible ver ninguna fase marcada de las actitudes expresivas del niño, que pueden llamarse religiosas, en un sentido distintivo. Tiene una, y no más que una serie de actitudes hacia las personas que le rodean: la que ya hemos visto en su evolución personal. Llega á un sentido, que constantemente se ensancha, de las variedades de la personalidad, aprovechando las lecciones que le dan las acciones de los demás; y llega á un concepto cada vez mayor del influjo profundo y probable de las personas sobre él, por sus reacciones sobre ellas. Así, la línea capital del desenvolvimiento de su yo personal, con su sentido más ó menos refinado del carác-

ter personal en los demás, es su única fuente segura de sentimiento.

Es evidente, pues, como antes dijimos, que hay dos grandes fases en su vida sentimental, ambas de capital importancia en su evolución superior. Una es la fase subjetiva, el sentido creciente de un yo que es él, que él comprueba cuando tiene emociones, y ante el cual es responsable del uso que hace de su organismo. A este yo van unidas las emociones morales, puesto que nacen del sentimiento directo de la pobreza é imperfección relativas de su yo, comparado con la personalidad ideal, que es un modelo de justicia y de bondad personal. Las emociones morales nacen á consecuencia de *mis* actos, de *mi* voluntad, de *mis* actitudes, de *mi* egoísmo, siempre hay un *mi* ó un *su*; se trata de hechos de personas determinadas, concretas. La importancia está en el sentimiento del sujeto, considerado distintamente como tal sujeto. La esencia misma del movimiento moral es, precisamente, como vimos antes, la falta de asimilación del yo que sabemos existe y puede existir en este momento, con el yo ideal formado por todas las lecciones de justicia y obediencia personal. Y también hemos visto que este aspecto subjetivo de la evolución del niño ha tenido sus fases proféticas, hasta en la vida instintiva. Se ha elevado utilizando las mismas reacciones de timidez, modestia, simpatía, etc., que existían ya en las edades inferiores de la evolución mental.

208. Pero todo nuestro estudio ha mostrado que hay otro lado, correlativo é igualmente importante, en la evolución total hacia el sentido pleno de la personalidad: la fase que se refiere á las *otras personas*.

Esta tiene dos formas: 1) la llamada persona *eyectiva*. Es una referencia constante exterior del sentido de la personalidad, una identificación de éste con las personas exteriores reales. Y con éste va siempre asociado 2) un elemento *proyectivo*: elemento que el niño jamás ha aprendido propiamente, que jamás es comprendido, que sobrepuja hasta la concepción ideal construída con todas las enseñanzas del

trato personal. La personalidad queda al cabo como una cosa progresiva, evolutiva, que jamás ha de llegar á la perfección. Estas son las dos fases del sentido personal y de su evolución, creo yo, que se combinan para formar la fase del sentimiento religioso en el niño. Por eso hay dos elementos en él.

Primero, hay la tendencia á hacer eyectiva la persona ideal conseguida por el camino ya trazado; á hacerla real, un sér, una personalidad separada. Debe haber en alguna parte, dice el niño, un yo que responda á todos los elementos de la justicia: á la caridad, al amor, á la belleza del ideal, cuya presencia en mi espíritu hace aparecer á mi propia personalidad moralmente tan incompleta. No es un nuevo movimiento del espíritu. Lo hemos encontrado siempre presente, y necesariamente presente, si el niño ha de alcanzar la personalidad moral y social, en el sentido estricto de las palabras. Debe hacer eyectiva la concepción más alta de todas las personales, como lo hizo con la inferior. El *gran espíritu* es el nombre que el niño, y la raza en su infancia, da á este ser.

Segundo, el otro elemento es también importante en la emoción religiosa; es la espera, en el niño, de nuevas manifestaciones de esa persona superior á todas—manifestaciones que él no puede prever ni conocer; á las cuales debe someterse cuando lleguen, de las cuales solo entonces aprenderá, se las hará propicias usando los medios que agradan á las personas, y permanecen en adoración, desde el principio al fin. Tampoco este es un movimiento mental completamente nuevo; también ha estado presente como un *motivo* esencial de su progreso desde el principio al fin. Los elementos proyectivos de la personalidad, en efecto, eran sus primeras existencias, sus primeros modelos sociales que imitar. En todos y cada uno de los momentos de su evolución ha podido progresar solo á medida que se le presentaban nuevos elementos de sugestión personal. Por eso sería completamente erróneo que pensásemos que esta actitud de expectación, de acomoda-

dación, de disposición para lo nuevo, lo perturbador, lo mal comprendido, esta lección de obediencia arbitraria, si pensásemos que esto se acaba repentinamente y no penetra en el reino de lo misterioso. Hasta ahora ha sido constantemente el carácter lo misterioso para él. El penetrar en el misterio lo bastante para los fines de su vida ha sido objeto de todos sus trabajos; pero queda siempre una región de misterio, de la cual emergen constantemente los atributos inesperados del carácter personal. Aquí encontramos el elemento más profundo de la emoción religiosa.

El elemento eyectivo, personificador, que la historia de los pueblos primitivos pone tan claramente de manifiesto, contribuye positivamente al sentimiento religioso, tal como lo acabamos de describir; mientras que el elemento proyectivo ó negativo, tal como lo hemos visto en este último aspecto de la evolución en el niño, es el que inspira el respeto á algo superior misterioso, igualmente manifiesto en los ritos y cultos del ceremonial primitivo. Dejando ahora á un lado el punto de vista antropológico (1), podemos examinar algunos de los movimientos emocionales más importantes en el niño, que debemos suponer según la definición que hemos hecho del sentimiento religioso.

209. 1) Los dos grandes factores que acabamos de señalar se encuentran también diferenciados en las teorías corrientes acerca de la naturaleza de la religión; y el factor que nace por el lado del contenido, ó de la personalidad eyectiva, puede designarse, como lo ha hecho la escuela de Schleiermacher, con el título general de «sentimiento de la dependencia». Paulsen (2), en su excelente obra, llama á este aspecto de la vida religiosa el aspecto ó elemento de la «confianza» (*trust*). Considerando el gran número de fases porque este factor de la vida religiosa pasa en el curso de la evolución religiosa

(1) Intencionalmente, por falta de aptitud personal, las referencias antropológicas pueden ser observaciones susceptibles de crítica por parte de los técnicos.

(2) *Introduction to Philosophy*, libro I, cap. II, 9.

del niño, podemos más bien adherirnos á la frase más amplia de Schleiermacher y discutir el asunto bajo el título de «Sentimiento de la dependencia».

2) El otro factor que toma su *raison d'être*, como hemos visto en la tendencia proyectiva de la evolución personal, corresponde al elemento de la vida religiosa que los antropólogos como Spencer, Tylor, etc., llaman el «asombro» y que Paulsen generaliza con el título de «temor». Ninguno de estos nombres me parece bastante general para abarcar toda la conciencia proyectiva en todo el curso de la evolución por la cual marchan el niño y el hombre; así es que trataré este aspecto de la religión con el título general de «Sentimiento del Misterio», aventurándome á hacerlo así para que podamos clasificar juntamente todos los fenómenos que, en realidad, ofrece este lado de la conciencia religiosa en cualquier momento (1).

Discutiremos, pues, por orden, estos dos asuntos generales.

210. I. *Sentimiento de la Dependencia*.—Basta recordar los grados en el desarrollo del sentido personal para ver las épocas que debe mostrar este aspecto de la emoción religiosa. Que estas épocas no son sólo deducciones legítimas del hecho de que estamos tratando de la fase eyectiva de la evolución personal—presente durante todo el curso del desenvolvimiento del niño,—sino que tienen una existencia real, es cosa observable en la vida del niño (2). Los grados porque atraviesa el sentido eyectivo de la personalidad en el niño, y algunos de los hechos que justifican la distinción, se han presentado ya antes; y podemos recordar que hallamos razones para decir que se pueden distinguir muy bien tres de esos grados, ori-

(1) Más adelante se verá que de este modo evitamos la interminable discusión que gira sobre la «definición» de la religión. Esas definiciones generalmente caracterizan distintos momentos del movimiento.

(2) Lo que decimos del niño en las páginas siguientes, se funda en observaciones minuciosas hechas en mi propia familia.

ginados por los cambios de época, que marcan respectivamente la aparición de la inteligencia, primero, y la aparición del sentido moral, más tarde. Estos dos sucesos señalan grandes desviaciones de la evolución con respecto á su curso anterior. El nacimiento de la inteligencia trae la cooperación reflexiva é intencional de los hombres unidos para fines sociales, sustituyendo de este modo á las cooperaciones orgánicas é instintivamente gregarias de los animales. El desarrollo de la emoción, por medio de esta gran transición, ha sido también objeto de nuestra atención. La otra gran transición, á saber, desde lo meramente inteligente á lo moral propiamente dicho, ha sido el asunto de este capítulo; y tenemos razones para concluir que señala, á su vez, una notable desviación en la evolución de la humanidad, desde los usos puramente intelectuales de la cooperación social á los usos verdaderamente sociales en que el ideal moral y el social, en virtud de su propia fuerza intrínseca motora en cada hombre, traen el objetivo del progreso. Si las emociones religiosas tienen realmente su raíz, en parte, en el movimiento eyectivo del espíritu, que continúa desempeñando un papel esencial durante toda esta evolución, debemos confiar en encontrar tres grandes épocas en el sentimiento de la dependencia religiosa: primero, la época de la dependencia instintiva ó espontánea de la personalidad, tal como el niño la comprende; segundo, un período de dependencia relacionada con el ejercicio de sus actividades telectuales, que puede llamarse el período de la independencia racional ó intelectual; y tercero, el período en que su sentido moral reclama de él la eyección del concepto ideal del yo y le viste con los atributos de la dignidad moral—el período de la dependencia moral. Examinemos brevemente los hechos de la evolución del niño con esta distinción á la vista.

211. 1) El período en que el sentido de la personalidad conduce al niño á lo que llamamos «dependencia espontánea» es generalmente reconocido. Se la ha llamado con diferentes nombres, según los caminos para abordarlo. Bain en-

cuentra en el niño una cierta «credulidad primitiva»; los poetas hablan de la hermosa confianza de los niños; los padres que tienen la conciencia de sus responsabilidades conocen el peligro de que el niño tienda a convertir en cuasideidades a su padre y a su madre. Este período comienza en el niño tan pronto como entra en el camino de la distinción entre las personas. La persona real, que él toma como objeto de su primera emoción de dependencia, depende de los incidentes de su educación. Generalmente el padre es su primera divinidad, porque no está expuesto tan constantemente al escrutinio del niño; porque es casi siempre el que trae los regalos ó el que sufre los mayores trabajos dentro de la casa, y también porque las lecciones de obediencia son reforzadas en este caso con sanciones más enérgicas é inflexibles. Aquí están en su punto todos los casos que refieren los libros de psicología infantil para demostrar que el padre ó la madre ó cualquier otra persona se constituyen de este modo en personalidades ideales. Porque precisamente el lado emocional de esta manera de entender a una persona real es en lo que consiste esta primera forma de dependencia cuasi-religiosa. Las definiciones que hace el niño de la divinidad a las preguntas de ¿qué es Dios? etc., todas demuestran la verdad de que su antropomorfismo en este período no es en modo alguno una cosa abstracta; porque todo el contenido concreto de su noción de la divinidad está formado, como su concepto de la personalidad total, de los elementos imitativos que ha tomado de las personas, las narraciones y los sucesos (1).

Consecuencia directa de esta interpretación es también el que encontremos que el niño muestre la tendencia a la formación de mitos, amén las historias fantásticas, los héroes y sus hazañas, en las cuales el hombre ó el monstruo ideal sale

(1) Véanse las citas de fantasías teológicas infantiles en Barnes (*Pedagogical Seminary*, II, 3) y Sully (*Loc. cit.*, págs. 120 y siguientes.)

siempre victorioso, ó en que la divinidad buena vence al monstruo malo. Todo esto tiene su lado emocional, y la clase de emoción es aquella que en sus últimas manifestaciones, cuando el ideal se ha hecho más refinado, llamamos emoción religiosa.

Al principio, el sentimiento de la dependencia tiene su origen, a mi entender, en la debilidad física. El niño aprende la distinción entre las personas y las cosas en gran parte por la violencia de sus necesidades físicas y por los socorros que las personas le prestan contra aquéllas. Las personas vienen a ser los elementos que le auxilian en su medio, la fuente de la satisfacción de sus apetitos y los que consuelan sus desgracias. Entonces nace en el niño de que en presencia de su madre ó su nodriza hay bienestar y en su ausencia malestar. Un paso más basta para ver que esta atribución de una facultad de ayudar—con la cual caracteriza a la persona buena—constituye una gran parte del concepto real que el niño tiene de las personas. Y esta esperanza de auxilio, en sus diversas formas—mostrada en los movimientos reflejos hacia la persona, con la sensación de los placeres por anticipado, con la correspondiente violencia de un dolor no consolado—termina siempre con la presencia ó recuerdo de alguna persona. Este es el sentimiento rudimentario de dependencia.

212. 2) Poco después el niño encuentra que le acosan ciertas necesidades que no son enteramente físicas, que no siempre se satisfacen físicamente. Aparece un cierto aspecto caprichoso en los actos de las personas, y el niño emplea su inteligencia naciente en introducir en esos actos algún orden. Y el influjo, sobre su dependencia, de las nuevas y menos físicas condiciones de su trato personal con los demás, nacen de ciertas realidades exteriores. El castigo es uno de los más rudos despertadores en la evolución de la dependencia. Todas las sanciones y penalidades que proceden de las personas tienden a la vez a estimular su inteligencia y a aumentar el sentido de su propia debilidad. Precisamente esta

debilidad frente á las cosas naturales es la que reaparece ahora en un plano personal más elevado. Ahora aprende á pensar en los demás, no solo como seres que le socorren y ayudan, sino también como seres que le molestan, le apenan y se niegan á ayudarle. Y este elemento caprichoso, esta falta de orden en la conducta de los demás, es durante largo tiempo, creo yo, el motivo dominante en este aspecto de la evolución del sentimiento religioso. Más adelante insisto en esto de nuevo, al tratar del «elemento proyectivo», de su evolución hacia la personalidad religiosa.

Con el castigo y la obediencia que aprende por medio de él y con la instrucción viene el principio del período más intelectual. Así como en sus imitaciones espontáneas el niño obtiene sus propias interpretaciones inventivas de los sucesos, y aprende de este modo á ser inteligente; así también por la obediencia, es impulsado en la misma dirección. Pero en la obediencia la importancia del elemento personalidad está colocada de diferente modo. En la imitación el niño da una mayor importancia á su propia iniciativa, á su propio poder, á su valor y capacidad; pero en la obediencia la importancia personal está toda del lado de la personalidad á que él está obligado á obedecer, en el elemento «ley», como vimos al examinar la evolución moral. Espera la orden con miedo y temblando, y después mira al terrible otro yo esperando el premio ó el castigo de su resultado.

Con este cambio de la importancia en su evolución, desde el dolor físico y la dependencia material, á la tristeza y la confusión de la imitación personal y la obediencia, y con la falta de información para prever los resultados, viene el traslado de la esperanza de socorro desde la esfera de bienestar físico á la de la instrucción intelectual. El niño llega á considerar al padre ó á la madre como infinitamente sabios, los que resuelven todos los problemas, los que aclaran todos los enigmas. Su sentimiento de dependencia se cambia en confianza, en una inteligencia superior á la suya, y esta inteligencia superior la coloca naturalmente en las personas que

resuelven sus incertidumbres, le ayudan á la obediencia, administran la justicia y dan explicaciones.

213. Esta evolución del sentido de la dependencia desde la esfera física á la intelectual, sirve para poner de manifiesto dos caracteres muy marcados del concepto que el niño tiene de las personas. Encontramos el pensamiento del niño expresado en dos grandes categorías desde los tres años durante toda la juventud: las categorías de *causa* y de *finalidad*. Las investigaciones estadísticas acerca del modo como los niños definen los objetos (1) muestran estos dos grandes aspectos, tendiendo la definición causal á desarrollarse antes que la definición teleológica. La definición causal tiende á enunciarse en términos de una actividad personal más ó menos entendida. Una mesa es «la cosa que hace el carpintero»; el pan es «lo que hace el panadero»; el juguete es «lo que me sirve para jugar», etc. Esto muestra la poderosa tendencia á pensar en una persona en función de lo que hace, de su actividad, y á pensar en las cosas subordinándolas á esta omnipotente actividad causal de las personas. Esto tiene su manifestación en la emoción y en la actitud personal del niño, y esta actitud es la de dependencia con respecto á la actividad causal de las personas que conoce.

Poco después viene el período de la *finalidad*, que tiene su origen, á mi parecer, en el hecho de que las explicaciones del padre suelen venir generalmente detrás de las manifestaciones de su poder. El padre explica *por qué* hizo esto ó lo otro; conduce al niño á construir resultados atendiendo á sus utilidades, á la relación de medio á fin, á la finalidad; y el niño generaliza rápidamente los casos sacando la conclusión que de cada cosa debe tener su finalidad, y que las personas que son mayores pueden darle la clave teleológica de toda situación.

214. Estas dos fases del desarrollo inteligente del niño en el sentimiento de su dependencia de otras personas para

(1) V net, Barnes.

la solución de sus dificultades, se ven brillantemente en las preguntas que el niño hace en la época llamada «período de las preguntas» (1).

Sus preguntas pasan por dos fases muy distintas; la primera dirigida al «qué» y la segunda al «por qué». «¿Qué es esto, padre?» era el grito que se oía en la casa cuando mi hijo H. comenzó el primer período; y poco después, cuando el lenguaje avanzó algo en su desarrollo y cuando la forma inquisitiva del espíritu se hizo más inteligente, «¿por qué?» fué la palabra á la orden del día. En el primer momento de esta «manía inquisitiva» la tendencia causal es evidente, puesto que el niño tiende á satisfacerse con un «qué» que revela una especie de actividad vital. En el período del «por qué», esta tendencia á buscar agentes personales de un modo tan vago, cede algo, pero solo para ocultarse detrás de la noción de finalidad. Ya no basta decir al niño que una cosa es lo que sea, aun cuando la respuesta lleve consigo la idea de una persona ó de un animal vivos que obran en su presencia; va más adelante y busca la razón de que aquella acción sea lo que es. Seguramente, hasta este último período, la solución antropomórfica es la más satisfactoria para cada «por qué». Cuanto más sea posible indicar un uso humano, alguna necesidad humana ó animal que justifique la acción cuyo «por qué» pregunta, más satisfactoria será la respuesta para el niño.

El influjo de las dos ideas principales que el niño usa en su proceso de eyección de la personalidad en su medio—las ideas de causa ó poder y de finalidad—sobre el carácter de su naciente sentimiento religioso, es bastante evidente por sí misma, y lo es más aún en su aspecto antropológico (2). Las

(1) Sully (*loc. cit.*, págs. 75 y siguiente) cuenta muchas divertidas anécdotas de la «edad de las preguntas» en el niño.

(2) Esto, sin tratar de discutir la función exacta de la tendencia personificadora en la evolución de la religión, para lo cual pueden consultarse Caird, *Evolution of Religion*, Sección VIII y IX. Tylor, *loc. cit.*, cap. XIV-XV, y Paulsen, *loc. cit.*, páginas 266 y sigs. Véase también el Apéndice F.

dos dan ejemplo de dependencia, pero difieren en cuanto al grado de desarrollo que respectivamente caracterizan. En el sentido de causa ó de poder personal predomina la analogía física; la fuerza de una persona para imponer la obediencia y prestar socorros es, principalmente, fuerza física. Y el poder manifestado en la respuesta general al «qué» termina en el medio inmediato de hecho, sea físico ó mental. Pero la otra idea, la de finalidad, que se encuentra en la serie del «por qué», muestra la dependencia del niño en función de las explicaciones intelectuales. Manifiesta las dificultades que sufre su inteligencia naciente; y así la emoción que experimenta en este caso es una cosa superior y más compleja. La dependencia de las personas para la información sobre los hechos es, naturalmente, intelectual; pero la que inquiere, de esas mismas personas, explicaciones referentes al «por qué» de los hechos, denota un progreso mayor y más humano. En el último, pues, principalmente, con el uso que el niño hace de su propia inteligencia, de un modo recíproco, es donde encontramos realizado el segundo gran período del desenvolvimiento efectivo de la dependencia religiosa.

215. Es también digno de notarse, que en este grado del desenvolvimiento del sentido de la dependencia hay poco ó ningún elemento ético. Este es una cosa posterior. La demostración de que ello es así se encuentra en los actos del niño durante su período intelectual. Vimos antes que el niño es capaz de hacer todos los usos que pueden hacerse de la inteligencia en lo que describiríamos, desde nuestro punto de vista más avanzado, como un sistema amoral. El niño es, del tercero al quinto año, por lo menos, más inteligente que moral; y no duda en usar su inteligencia para fines de provecho personal y para engañar á otras personas. Preve las reprimendas de su padre, y para evitarlas cubre los hechos con la máscara de la inocencia ó inventa una estratagema para evitar el castigo ó para obtener un premio inmerecido. Usa de su hermano menor como de una pantalla para sus maldades, acusándole falsamente de obrar mal, atribuyéndose actos que